

- PROMUEVE LAS HABILIDADES DEL LENGUAJE ESCRITO
- AUMENTA LA CONCIENTIZACIÓN SOBRE LAS DISCAPACIDADES
- ESTIMULA EL DIALOGO

Pasaje adaptado de
The History of My Shoes and the Evolution of Darwin's Theory
(La Historia de Mis Zapatos y la Evolución de la Teoría de Darwin)
(Nueva York: Carroll and Graf, 2007)
por Kenny Fries

Botines Color Aguamarina, Tamaño Seis

Ian entra al vestidor cargando en sus brazos una torre de cajas de zapatos. En menos de una semana tengo programado un viaje de rafting por el Río Colorado a través del Gran Cañón. Ya hemos encontrado el traje isotérmico adecuado en la tienda local de artículos deportivos. Ahora estamos tratando de encontrar los botines del traje isotérmico que calzará en mis pies.

Ya he visitado el Cañón dos veces antes. Las multitudes vienen en sus vehículos recreacionales para observar el poner del sol, como de postal, desde sillas desplegadas, con familias gritándose unas a otras en el calor. Yo no podía caminar la vía entera desde el borde del cañón hasta el Colorado. El Parque Nacional del Gran Cañón no era uno de mis lugares favoritos. Pero ahora, aquí estaba la oportunidad de experimentar el cañón de la forma que siempre quise hacerlo, estando justo en el medio de él.

Cuando recibí el folleto anunciando el viaje, lo dejé en mi escritorio. Cuando me desperté en medio de la noche, me dirigí a mi oficina y lo vi allí, mirándome de vuelta. El viaje era para personas discapacitadas y sus amigos. No sería la única persona discapacitada en ir. Pero Ian tenía que trabajar y no podía ir conmigo. ¿Quién instalaría mi tienda de campaña, cargaría mi equipo, o me ayudaría a ir a sitios a los que quisiera ir? Tendría que ponerme mis zapatos cuando estuviéramos en tierra firme, pero necesitaba que estuviesen secos y a salvo cuando yo estuviera en el río. El paseo

en kayak que hice en Tailandia fue en aguas calmadas. ¿Cómo mantendría mis zapatos secos y a salvo de las turbulentas aguas del Colorado? Y si se perdieran o dañaran, ¿Cómo volvería a casa? ¿Cómo sobreviviría sin ellos?

Finalmente llamé. En el teléfono, Mary McDonald, la organizadora del viaje, me aseguró que mis zapatos podrían mantenerse secos y a salvo. Habrían bolsas secas y cajas resistentes de metal a bordo de los botes. Un guía voluntario me ayudaría con todas las tareas físicas que yo no pudiera hacer. “Para eso están allí” me aseguró.

Mary también me dijo que el agua del Colorado es bastante fría, no más de cincuenta grados Fahrenheit. Cuando le dije que tengo dificultad para sumergirme en el agua de una piscina aclimatada, ella sugirió que trajera un traje isotérmico y botines.

Debido a mis piernas cortas y a la discrepancia en la longitud de mis piernas, desde muy niño todos los pantalones que compro tienen que ser alterados. Hasta la adolescencia, mi madre concienzudamente cortaba y cosía el dobladillo. Luego, una tienda local de pantalones que hacía alteraciones allí mismo mantenía mis medidas—19 pulgadas para la pierna derecha del pantalón, 17 ¼ pulgadas para la derecha—en la pared de su cuarto de alteraciones. Ahora yo llevo mis pantalones a un sastre local llamado “Buen Coser”. Pero un traje isotérmico hecho de neopreno, un cruce entre spandex y goma, no puede ser alterado. ¿Cómo encontraría un traje isotérmico a mi medida?

Mary, acostumbrada a lidiar con todo tipo de cuerpos, sugirió que buscara un cierto tipo de traje isotérmico llamado “Little John”. Este tipo de traje isotérmico tiene la parte de arriba de tamaño normal, conectado a pantalones isotérmicos que son como shorts. Con respecto a los botines, ella sugirió un tamaño para un pie y otro tamaño para el otro.

Fue bueno conversar con alguien que entendía mi dilema, pero aun así nunca pensé que encontraría el equipo adecuado. Me sentía descorazonado. Desesperanzado. Pero para Ian, que no tiene ni mi miedo ni mis piernas, encontrar el equipo para mi viaje era una aventura.

Buscando entre los trajes isotérmicos en la tienda de artículos deportivos, encontramos el Little John. Gradualmente mi miedo y vergüenza se aplacaron. El Little John era, tal y como Mary lo sugirió, la respuesta. Y ahora aquí estaba Ian con su torre de cajas, trayéndome cada botín isotérmico en la tienda que él creía que podría servirle a mis pies.

“Tengo de todos los tipos y todos los tamaños”, me dice Ian.

Ian comienza a abrir las cajas. Una nueva ola de desesperanza sube por mi estómago y llega a mi pecho. ¿Cómo puede alguien con mi cuerpo tan siquiera pensar en ir de rafting por el Gran Cañón? El temor, arraigado desde hace mucho tiempo, no se disipa con facilidad. Me siento como un fraude.

Ian se agacha para ponerme un botín en el pie y no puedo evitar imaginarme a mi mismo como si fuera Cenicienta, aun avergonzada de huir de la fiesta. No existe zapatilla, sea de cristal o de lo que fuera, que calce fácilmente en mis pies.

“Intentemos los que tienen el cierre por el lado primero”, dice Ian. “Uno con suela de goma para darte apoyo. Vamos a calzar tu pie izquierdo primero. Y vamos a comenzar con los tamaños más pequeños”.

Es como si estuviéramos de vuelta en la jungla de Bali, con Ian hábilmente espiando los monos negros, guiándome a través de los densos árboles. Milagrosamente, el primero que probamos—un Botín Aguamarina, tamaño seis—le queda bien a mi pie izquierdo.

“Levántate. ¿Cómo lo sientes?” Me pregunta.

Levantándome, estoy convencido de que el botín en mi pie izquierdo me va a ocasionar dolor en el pie. Pero para mi sorpresa, puedo soportar todo mi peso. “Sorprendente”, es todo lo que alcanzo a decir.

“Ahora, quizás deberíamos probar con un tamaño más pequeño para el pie derecho, pero vamos a ver si el zapato derecho sirve también”, dice Ian mirándome con su sonrisa.

Él me pasa el otro botín. Yo no lo puedo creer, pero también me sirve. Yo sé que pararme y caminar va a ser la verdadera prueba. No me quiero lesionar. Me la paso esperando que sin el apoyo de mi zapato, el pie derecho se volteará de lado.

Pero una vez más, para mi sorpresa, el cierre, la tira de Velcro, y la suela de goma mantienen mi pie en posición derecha. El botín de neopreno tiene la combinación perfecta de flexibilidad y apoyo. Mi rodilla no se dobla. No me caigo. En el pequeño vestidor, camino de pared a pared.

“¿Cómo supiste que estos servirían?” Le pregunto a Ian.

“Adiviné. Yo ya conozco tus pies bastante bien”, me dice, aun arrodillado en el piso. “Eres tamaño seis. ¿Cómo se siente tener tu propio número de zapato?”

No tengo idea de cómo responder.

Superándolo

La noche antes de partir para el Gran Cañón, miro un documental en PBS (la estación pública de televisión) acerca de la exploración de John Wesley Powell del Colorado. Si así es como se ven esos rápidos en una pantalla de televisión de quince pulgadas, entonces estoy en apuros.

El 4 de abril de 1862, Powell estaba peleando en la batalla de Shiloh en la Guerra Civil. Su brazo derecho quedó destrozado por una bala de cañón. Tres días después en Savannah, su brazo derecho fue amputado por encima del codo. El narrador de PBS lee un pasaje de *Beyond the Hundredth Meridian (Más Allá del Meridiano Cien)*, la biografía que Wallace Stegner hizo de Powell: “Perder un brazo es una desgracia; para algunos sería un desastre, para otros una excusa. Ello afectó la vida de Wes Powell de la misma manera que una roca caída en una corriente rápida afecta el curso del río. Con una velocidad como la suya, él simplemente lo superó como la espuma del río supera la roca”.

Después intento dormir, pero el miedo y la anticipación me mantienen despierto. Me digo a mi mismo que Powell hizo su viaje a través del Gran Cañón con un solo brazo. Las imágenes de los rápidos, más bien como espuma, se hacen más y más

grandes a medida que avanza la noche. Aun si no estuviera discapacitado, todavía tendría miedo.

Hacia el final de mi adolescencia y en la primera parte de mi adultez, no sentía miedo de viajar. En mi penúltimo año de universidad viví y estudié en Londres y Cambridge. Ese mismo año, durante las vacaciones escolares, viajé por Europa, cargando únicamente una mochila. En 1984 fui para Israel. He pasado semanas buscando ruinas en el desierto del Suroeste, viajé a Bali con Ian. Viajé solo a Tailandia.

A medida que envejezco, pareciera que el temor surge más rápidamente y con más fuerza. Me pongo ansioso a medida que la fecha de partir se acerca. “Si existen personas que nacen sin la capacidad de sentir miedo, entonces búscalas o en la sala de emergencias o en la morgue”, dicen los Doctores Nesse y Williams en *Why We Get Sick (¿Por Qué Nos Enfermamos?)*. “El miedo es una señal de que una situación podría ser peligrosa, de que es posible que ocurra algún tipo de pérdida o daño, y de que escapar es algo deseable”. Entonces, ¿Por qué aparece el miedo ahora que soy mayor?

He heredado de mis padres la perseverancia así como también el miedo al peligro inminente. A medida que envejezco, estos instintos conflictivos de luchar por alcanzar y de retroceder se cancelan uno al otro, y yo me pongo más preocupado a medida que se acerca la fecha de partir.

Aun despierto, pienso en Eli Clare, un escritor con parálisis cerebral que adora trepar montañas. Clare escribe acerca de confrontar la imagen que muchas personas tienen de los discapacitados: el “superlisiado”. Esta imagen ha saturado al mundo con historias sobre “gimps”¹ que participan en actividades que van desde lo grandioso hasta lo mundano: un niño sin manos que batea un promedio de 0.486 en su equipo de ligas menores, un hombre ciego que escala el Sendero de las Apalaches completo, una adolescente con síndrome de Down que aprende a manejar y tiene un novio. Estas historias se enfocan en discapacitados que se “sobrepone” a sus discapacidades, reforzando la superioridad del cuerpo y la mente no discapacitados. La escritora Joan

¹ Nota del traductor: El término “Gimp” se usa ocasionalmente para denotar a personas que cojean debido a discapacidades de las piernas o pies

Tollifson, escribiendo sobre su vida con un solo brazo—“La gente me dice con lágrimas en los ojos lo tan sorprendentemente bien que hago las cosas, como atar mis zapatos”—muestra como estas historias convierten a los discapacitados, que simplemente están viviendo sus vidas, en símbolos de inspiración, de individuos a abstracciones.

Así como Eli Clare adora las montañas con un “estruendo profundo” en sus huesos, yo adoro viajar. Y como Eli Clare y muchas otras personas discapacitadas, yo también acarreo el mito del superlisiado. Es a menudo muy difícil para mí separar lo que quiero hacer de lo que no puedo hacer. Me confunde la entremezcla de mi temor con mi deseo.

Con una velocidad como la suya, él simplemente lo superó como la espuma del río supera la roca. Pienso en John Wesley Powell, con un solo brazo, recorriendo el río Colorado en una balsa de madera no mayor que un bote de remos; como Powell escaló el costado rocoso de un cañón para terminar encontrándose a solas en una saliente, sin poder volver a bajar. Pienso como una vez subí a la Montaña del León y el Cordero en el Distrito de Lagos en Inglaterra; como finalmente llegue al tope. Con mis piernas y mi espalda adoloridas, apenas tenía la energía para bajar. Pienso en mi descenso de 14 millas de la Punta Glaciar hasta el Valle de Yosemite. Sin darme cuenta de que me tomaría tanto tiempo, tuve que navegar las últimas tres millas del camino cojeando en la oscuridad.

Continúo sin dormir, no quiero ir.

Salgo de la cama para leer las palabras de Stegner sobre Powell, las palabras que escuché en el video: *Perder un brazo es una desgracia; para algunos sería un desastre, para otros una excusa.* Levantando la mirada, veo mis maletas listas para salir cerca de la puerta principal. Sé que al fondo del bolso marinero está mi traje isotérmico y mis Botines Color Aguamarina. Al lado de mi mochila está mi único par de zapatos.

Recuerdo a Ian caminando hacia el vestidor balanceando, apenas, la torre de cajas de botines isotérmicos.

Miro a través de la ventana y me doy cuenta que no he dormido en toda la noche. Ya amaneció.

Altruismo Recíproco

“Estamos listos para empezar en nuestra vía por el Gran Incógnito. Nuestros botes, atados a un poste común, se rozan unos a otros, a medida que son lanzados al inquieto río”, escribió John Wesley Powell cuando comenzó su primer viaje por el Río Colorado.

Miro a mi alrededor al diverso grupo que somos: Mark, Daniel y Hanna usan sillas de rueda. Ben y yo usamos bastones; Sally y yo tenemos zapatos ortopédicos. Seis de los once participantes tienen discapacidades que van desde cudriplegia hasta esclerosis múltiple; nuestras edades van desde los veintes hasta los setentas. “Aunque pueda sonar cursi, estaremos viviendo como una familia por los próximos quince días”, anunció Bert, nuestro guía, antes de entrar al río.

Entre nosotros hay siete guías de la agrupación Environmental Traveling Companions (ETC), o Acompañantes de Viaje Ambientalista, quienes ayudarán a aquellos que necesiten ayuda. También hay seis guías de las compañías comerciales, una a cargo de cada uno de nuestros botes de goma amarillos, y dos que operan la plataforma motorizada más grande que cargará nuestro equipo, la comida y las sillas de rueda por el río.

Día 1. No lo tomamos con calma, descendiendo hacia el cañón capa rocosa por capa rocosa. Rápidamente me adapto a la vida en el río: la difícil movilidad por playas arenosas; el ir a dormir y levantarse temprano; los inodoros al fresco. Aprendo como sentarme mejor en el bote, usando un respaldo acolchado que no solo disminuye la tensión en mi espalda sino que, al atarlos a las jarcias de labor del bote, me da algo más a lo que sostenerme.

Aun más importante, desarrollo una rutina de preabordaje. Les paso mis zapatos y mi bastón, envueltos ajustadamente en una bolsa de basura negra, a Matt y a Tim quienes operan la “plataforma grande”, donde los mantienen en una caja larga y

rectangular de metal. Cuando nos detenemos para tomar el almuerzo, veo a la bolsa negra esperando por mí junto a una silla blanca de plástico. Cuando nos detenemos para acampar por la noche y una vez más veo a la bolsa negra esperándome junto a la silla, el miedo de perder mis zapatos comienza a disminuir.

La mañana del Día 2. En el Cañón Mármol nos hacemos camino a través de los Locos Veintes, una serie de violentos rápidos, recibiendo nuestro primer golpe de olas enérgicas. El agua es más fría de lo que imaginé. Ya que esta parte del cañón corre de norte a sur, no estamos expuestos demasiado al sol.

Navegando a través de los Locos Veinte, Bob, mi barquero, nos entrena a inclinarnos a un lado del bote cuando él da la señal para hacerlo. "Lado alto", grita, y aquellos que pueden, se inclinan hacia el lado frontal derecho del bote. Observo el torso y los brazos desarrollados de Bob maniobrar los remos a través del espiral de agua, permitiéndonos salir a salvo de nuestro primer conjunto de rápidos. Comienzo a confiar en él y quiero ser asignado a su bote todas las mañanas.

Ya en la tarde logro relajarme, y absorbo la información geológica de las paredes teñidas de rojo oscuro de esta parte del cañón. Me pierdo en la absoluta inmensidad de un lugar donde el sentido de la magnitud y la distancia desaparecen con facilidad.

Tarde en la mañana del Día 3, alcanzamos el Paraíso de Vasey, un oasis de vegetación alimentado por una angosta caída de agua en el río, alta en la pared derecha del cañón, bautizada por Powell con el nombre de un botánico. Aquí todos nos salimos del bote. Los guías Ray y Steve llevan a Hanna, una mujer con esclerosis múltiple que necesita ayuda para moverse, a la corriente debajo de la cascada. La corriente, que viene de un cañón lateral, es fría pero no tan fría como el agua del Colorado.

Después de muchas vacilaciones, y luego de muchas exhortaciones de mis compañeros en el río, decido aventurarme sobre las resbalosas rocas. Esta será mi primera experiencia caminando sobre tierra con mis botines isotérmicos. Mirando las rocas trato de calcular cuanta ayuda podría necesitar: alguien para que me ayude a

salir de la balsa; alguien a cada lado para mantenerme firme sobre tierra. Les pido a ayuda a Ray y a Steve y con su asistencia llego hasta la orilla.

No estoy acostumbrado a caminar sin mis pesados zapatos de cuero con suela ancha. El traje isotérmico se ciñe a mi cuerpo. Es difícil enfocarme en caminar cuando estoy rodeado de árboles en flor—una sorpresa en el desierto—el verdor pareciendo aun más oscuro en contraste con las rojas paredes del cañón.

Observo al agua correr por las paredes hacia el claro arroyo del cañón lateral, y luego hacia el turbio Colorado. Después de mis primeros pasos fuera del bote, ya no necesito la ayuda de Ray y Steve. Ahora es como si caminara ingrávido en la luna.

Esa noche, luego de la cena, me siento con Mary y los guías al lado de la fogata. Les doy las gracias a Ray y a Steve por ayudarme a salir del bote al Paraíso de Vasey. Le pregunto a Ray, “¿Por qué haces esto?”

“Tengo un primo con parálisis cerebral. Y me encanta estar en el río”.

William D. Hamilton, un biólogo británico, fue el primero en conectar la afirmación de Darwin de que la selección natural puede aplicarse a la familia extensa. Ya que los miembros de una familia comparten la mayor cantidad de genes, el comportamiento altruista hacia la familia es en el interés propio replicativo de los genes. Un gen que repague la generosidad podría esparcirse a través de la familia extensa y luego, por medio del entrecruzamiento, hacia otras familias.

“Es mi experiencia que la mayoría de los guías tienen experiencia con algún miembro familiar o amigo cercano que es discapacitado”, me dice Mary.

El Esquisto

Día 6. Después de que Bob guía el bote a través de Hance, una proeza técnica debido a la enorme roca que debe evitarse para poder correr el rápido, entramos en el esquisto, y es como si hubiéramos aterrizado en el núcleo de la tierra.

El Esquisto de Vishnu, expuesto en el Desfiladero de Granito Interior es roca metamórfica, la cual forma la capa más antigua y profunda del Gran Cañón. Esta roca

negra proviene de lavas, areniscas y limonitas que se acumularon en el suelo de un mar precámbrico hace más de 1700 millones de años. El esquisto representa algunas de las rocas expuestas más antiguas conocidas por el hombre. El granito de Zoroastro rosado y rojo aporta relieve a medida que se hace camino como venas en el oscuro esquisto.

Se cree que ha habido vida sobre la tierra por al menos 3400 millones de años. Pero hasta hace 2000 millones de años, esa vida era anaeróbica y unicelular. Justo antes de la metamorfosis del esquisto de Vishnu, los organismos vivos con clorofila crearon una nueva atmósfera de oxígeno libre. Este cambio atmosférico dio como resultado la extinción a gran escala de las formas anaeróbicas e hizo posible la evolución multicelular.

Esta mañana, flotando por el esquisto, una vez más pienso en Darwin después del terremoto Concepción, antes de que alcanzara las islas Galápagos, haciendo la conexión entre la elevación geológica irregular de Lyell y lo que él vio ante sí. Y al igual que Darwin durante su expedición por los Andes, estoy maravillado no solo por lo que veo, sino silenciado por el entendimiento de que aquí—flotando por el Río Colorado a través del Gran Cañón—soy transportado en el tiempo incomprensible al momento antes de que lo que conocemos como vida ocurriera.

Los barqueros retiran sus remos. Todos estamos silenciosos. El único sonido que se escucha es la corriente del río, el sonido de ser arrastrados a donde quiera que sea que el río nos lleve.

Un Piso Portátil y Botes Amarillos

John Wesley Powell es la primera persona con una discapacidad registrada en la historia en hacer el recorrido por el Río Colorado y a través del Gran Cañón. Los seis de nuestro grupo en este viaje que tenemos discapacidades no somos las primeras personas discapacitadas en hacer el viaje desde la época Powell.

Temprano en la década de los setenta, el Servicio Nacional de Parques (National Park Service - NPS) implementó un sistema para controlar el acceso al río,

emitiendo un cierto número de días de usuarios para las compañías comerciales que operaban en el río. Un grupo de personas con impedimentos físicos de Arizona, entusiastas de la naturaleza, realizó una petición ante el NPS. En 1972, estos activistas demandaron días de usuario para los discapacitados y crearon un grupo para recorrer el río llamado “Jumping Mouse Camp” (ó “Campamento Ratón Saltarín”, en español).

Día 7. Otro día caluroso. “Denle un vistazo a esto”, dice John, el dueño de “Outdoors Unlimited”, una de las compañías comerciales que guían a nuestro grupo río abajo.

Me acerco más al grueso muñón, verde ceniciento, de una planta en flor que crece cerca del suelo. Con su dedo índice John toca los pistilos en el medio de su vivaz flor rosada. Cuando mueve ligeramente los dedos, los pétalos de la flor empiezan a cerrarse. “El cactus de pera espinosa cree que mi dedo es un insecto lo suficientemente grande como para polinizarla. Por eso la flor quiere capturarme por el mayor tiempo posible para asegurarse de que esparciré su polen a otra flor. Una asombrosa adaptación para la supervivencia en el desierto”.

Durante el almuerzo hablo con John, quien ha venido al viaje para aprender más sobre los tipos de adaptaciones que las personas con discapacidades necesitan en el río. “Aparte de un buen amigo mío, no han habido muchas personas discapacitadas en nuestros viajes”, me dice.

“No me gustaría ser la única persona discapacitada en un viaje”, le digo. “Me sentiría como si estuviera deteniendo al grupo si me tomara más tiempo. Y me sentiría un poco triste si no pudiera hacer todo lo que los demás estuvieran haciendo”.

Caminamos de regreso a los botes sobre las bandas modulares de plástico colocadas en varias configuraciones sobre la arena para que los que usan sillas de ruedas puedan maniobrar más fácilmente sobre la superficie irregular. “Yo fui a una boda, una de esas de las que se hacen bajo un toldo en el patio trasero”, dice John, “y los vi utilizar estos Pisos Portátiles para nivelar el piso en el toldo y proveer caminos afuera en el jardín. Mi amigo en la silla de ruedas quería hacer un viaje río abajo con nosotros, y yo pensé que estos pisos portátiles serían ideales para hacerle las cosas más fácil en la arena”. Resulta entonces que estos Pisos Portátiles no son hechos por

ETC, como asumí en un principio, sino que son una invención que ya existía y que John adaptó para su propio uso.

Día 9. Ya tarde en una clara noche llena de estrellas. Me siento junto al río. Sin espejos, y con sólo la ayuda de una linterna y una pequeña cubeta de agua fría, me afeito por primera vez desde que nos echamos al agua más arriba del Cañón Mármol.

A medida que me afeito pienso en como la regla de este viaje es: si todos no pueden hacerlo, entonces nadie lo hace. Hasta ahora, a pesar de nuestros impedimentos, y gracias a los usos adaptativos de objetos como el Piso Portátil y la ayuda de los guías, hemos podido hacer casi todo lo que hacen los grupos sin participantes discapacitados.

Casi todo en la orilla es una adaptación: no sólo el piso portátil sino también la cocina improvisada, el sistema de bombeo con el que purificamos nuestra agua para beber, los inodoros al aire libre, la cubeta que estoy usando para el afeitado de agua fría al aire libre, e incluso las tiendas de campaña, la luz que veo moverse dentro de la tienda de campaña de Sally, y de seguro los botes de goma amarillos. Todos ellos son adaptaciones que les permite a tantas personas como sea posible recorrer el río tan segura y cómodamente como sea posible.

Aquí me encuentro, sentado y afeitándome a las orillas del Río Colorado en el Gran Cañón. Afuera de las tiendas de campaña, las tres sillas de rueda reflejan la luz de la luna. Adentro de las tiendas, Daniel, Mark y Hanna probablemente están dormidos. Sally todavía está moviéndose alrededor en su tienda, organizando su equipo.

Camino hacia mi tienda de campaña, y antes de irme a dormir, le saco brillo a mis zapatos.

Cruzando el Río

Hay diferentes maneras de cruzar el agua.

Es el Día 10 y ya hemos alcanzado el Cañón Havasu. Hoy, mi meta es recorrer sólo media milla arriba por el cañón para sentarme en medio de la roca rosada y las claras aguas aguamarina del Arroyo Havasu.

Los cuatro botes a remo amarillos son atados lado a lado justo adentro de la boca del cañón lateral. Para ir desde nuestro bote a la orilla, tengo que cruzar sobre otros tres botes anclados. Desde el bote más cercano a la orilla, puedo ver que los operadores de la plataforma grande, Matt y Tim, han dejado la bolsa negra que contiene mis zapatos y bastón a 300 pies de la orilla de la roca, mi destino original. Bien pensado. Cuando alcanzo la orilla, me siento y me quito los botines isotérmicos y me pongo mis zapatos. Mirando el camino irregular a través de las rocas, me alegro de haber limpiado mis zapatos la noche anterior.

Mientras me pongo mis zapatos, otro grupo de aventureros nos pasa.

“Estamos tan impresionados”, una señora de cabellos canos se detiene a decirme.

“No se impresione”, me escucho a mi mismo decirle. “Lea mis libros”.

El barquero Dan y su esposa Kate, quien se unió al viaje hace dos días en el Rancho Fantasma, me acompañarán arriba al cañón en caso de que necesite ayuda.

En el camino rocoso, soy capaz de maniobrar usando sólo mi bastón. Pero a medida que continuamos cuesta arriba en el cañón, las rocas se hacen más y más grandes hasta que el camino es casi impenetrable. A un cuarto de milla en el cañón, los peñascos bloquean el paso. Ya no hay un camino en este lado del arroyo.

“Vas a tener que cruzar el arroyo para subir al cañón”, me dice Dan.

¿Cómo cruzo el agua? Mis opciones son: (1) Me puedo volver a poner mis botines isotérmicos, los cuales he envuelto en la bolsa de basura negra y puesto en mi mochila, y cruzar por mi mismo; (2) Me puedo volver a poner mis botines isotérmicos y pedir ayuda para cruzar el agua; o (3) Le puedo pedir a Dan que me cargue al otro lado.

Darwin, en su obra *“El Descenso del Hombre”*, habla sobre cómo, a medida que el poder de raciocinio del hombre mejoraba, cada individuo pronto aprendería que si ayudaba a otros, él también recibiría ayuda de vuelta. A partir de esta “mezquina motivación” él podría adquirir el hábito de ayudar a otros. A su vez, este hábito de

realizar actos de benevolencia fortalecerían los sentimientos de compasión, los cuales entonces se convertirían en el impulso inicial para más actos de benevolencia.

Decido pedirle a Dan que me cargue al otro lado del agua.

Al otro lado del arroyo, el camino continúa. Después de una corta caminata cuesta arriba, encuentro el borde de una roca para mirar la parte inferior del Cañón Havasu.

“Sigan ustedes”, les digo a Dan y a Kate. “Recójame cuando vengan de regreso”.

Acostado en la roca, uso mi mochila de almohada. El sol del mediodía empaña las orillas del agua, las rocas, el cielo. La aguamarina se transforma en rosado, en azul. ¿Dónde he visto algo así antes?

De repente veo a Ian en la orilla del Beehive en Mount Desert Island y pienso cómo, en la mayoría de las situaciones en mi vida diaria, yo soy el más discapacitado. Pero cuando escalé el Beehive con Ian, y en este viaje, he sido el más capacitado.

Miro al cañón arriba y veo a Sally, maniobrando en sus zapatos ortopédicos. Sally has sido mucho más activa en el viaje. Ella ha solicitado menos ayuda que yo. Pero he notado que Sally pasa gran parte de su tiempo libre organizando su equipo, no ha dormido bien por las noches y está continuamente cansada.

Aunque he extrañado bastante a Ian—su personalidad ADD florecería aquí buscando un sitio para acampar y reuniendo nuestro equipo—también me alegra que no esté conmigo. Cuando estamos juntos, y especialmente cuando viajamos, la labor física por lo general recae sobre él. Este viaje me ha dado la oportunidad de probar mis limitaciones físicas, así como mi fortaleza emocional. He podido experimentar cómo ya no me esfuerzo demasiado.

Pero aun me siento incómodo no sólo necesitando ayuda sino también pidiéndola. A menudo los sentimientos de temor y vergüenza son aun peor cuando obtengo ayuda. De cierto modo parece más fácil cuando le pago a alguien para que haga algo por mi. Aun cuando pagué por este viaje, sé que los guías son voluntarios.

Quiero confiar en su ayuda al igual que en la simple oferta de ayuda más de lo que lo hago.

El trayecto de Darwin hacia la teoría de la evolución fue en sí un acto de reciprocidad. Su situación social, sus finanzas, su familia y amigos, conllevaron a que él reuniera éxitos, así como a la publicación de su teoría. Él usó a los miembros de su familia en sus experimentos, y fue asistido por sus vecinos. Para llegar a las ideas al centro de la obra "*El Origen de las Especies*", Darwin dependió de las teorías de otros, como Malthus, Lyell y Wallace. ¿Fue la falta de posición social de Wallace la razón por la que no es recordado hoy en día por co-fundar la teoría evolucionaria?

A medida que el hombre avanzaba en la civilización, notó Darwin, las pequeñas tribus se reunieron para hacer comunidades más grandes. Cada individuo comenzó a extender sus instintos sociales hacia todos los miembros de la tribu y eventualmente hacia miembros de la misma nación, aun cuando estas personas no les eran conocidas. Darwin concluyó que una vez alcanzado este punto, sólo las barreras físicas impedían que la compasión se extendiera a miembros de todas las naciones y razas.

¿Es esto lo que las personas discapacitadas le ofrecen a la sociedad: un ejemplo de la importancia de la interdependencia, de la comunidad? ¿Es así cómo las personas con diferencias físicas ayudan a la especie humana a sobrevivir?

Estaremos viviendo como una familia por los próximos quince días. A pesar de sonar cursi, las palabras de Bert, el líder del viaje, se han visto confirmadas por nuestro viaje. Hemos alcanzado este punto no sólo como individuos sino como una comunidad de veinticinco personas viajando río abajo.

Mirando hacia el cañón, veo a Dan y a Kate. Pronto será hora de cruzar de vuelta al otro lado del agua. Esta vez no habrán reservas sobre cómo cruzar.

Una vez más, Dan me carga y es como si yo fuera ese bebé de cuatro semanas de nacido, que es sacado de la incubadora. Necesitar y aceptar ayuda me lleva hacia el gran incógnito, un viaje tan enorme como la historia de las capas rocosas y el río que ayuda a formar todo lo que me rodea.



Kenny Fries

Kenny Fries es el autor de *The History of My Shoes and the Evolution of Darwin's Theory* (*La Historia de Mis Zapatos y la Evolución de la Teoría de Darwin*), el cual recibió el Galardón al Libro Excelente de 2007 del Centro Gustavus Myers para el Estudio de la Intolerancia y los Derechos Humanos, y de *Body, Remember: A Memoir* (*Recuerda Cuerpo: Una Autobiografía*), así como editor de *Staring Back: The Disability Experience from the Inside Out* (*Mirando de Vuelta: La Experiencia de la Discapacidad desde Adentro hacia Afuera*). Sus libros de poemas incluyen *Anesthesia* (*Anestesia*) y *Desert Walking* (*Caminando por el Desierto*). Fue Becado de Artes Creativas de la Comisión de Amistad Japón/Estados Unidos y el Legado Nacional para las Artes, Académico Becado Fulbright en Japón, y recipiente del 2009 Creative Capital Grant for Innovative Literature (Subvención de Capital Creativo para la Literatura Innovadora 2009). Enseña en el programa de Escritura Creativa de la Maestría en Bellas Artes del Goddard College. Originalmente de Brooklyn, Nueva York, nació sin algunos huesos en ambas piernas. Visítelo en línea en www.kennyfries.com.

VSA arts

Una filial del Centro John F. Kennedy para las Artes Escénicas

818 Connecticut Avenue NW, Suite 600 • Washington, DC 20006 • Tel: 202.628.2800 • TTY: 202.737.0645 • Fax: 202.429.0868
www.vsarts.org